

Acto interior

E ntré a la Escuela en **1964**. Venía de la Universidad Católica de Santiago, donde cursé tres años de Arquitectura, atraída por la figura de Alberto Cruz, a quien había escuchado hablar en una clase de Lógica impartida por Alberto Vial. Esta inquietud que me despertaron sus palabras, me llevó a buscarlo en Viña del Mar, donde vivía. Me dijeron que si estaba interesada en hablar con él, fuera directo a su casa en el Cerro Castillo y lo siguiera en el trayecto que hacía todos los días caminando a la Escuela. A pesar de lo extravagante que me pareció el consejo, decidí escucharlo y a los pocos días desde la micro lo reconocí caminando por el borde de la avenida España, y sin pensarlo dos veces me bajé para interceptarlo. Era un señor alto, joven, pero con el pelo prematuramente encanecido. «¿Es usted Alberto Cruz? Soy estudiante de Arquitectura en Santiago y quiero venir a esta escuela, pero no sé qué tengo que hacer para poder entrar». Conversamos un rato y me dijo: «Mire, usted no tiene que hacer nada, usted ha hecho un acto interior. Simplemente, venga. Traiga sus papeles en marzo y se los entrega a la secretaria». Eso fue todo. El papelerío, las notas, toda la burocracia que yo creía indispensable para un caso como el mío, pasaba a segundo lugar en un acto de plena confianza entre dos desconocidos. Quedé impactada.

Al año siguiente, con un grupo de estudiantes que al igual que yo había solicitado este cambio, me presenté con mis papeles, y a fines de marzo (nuestra llegada a Viña se retrasó por diversos motivos involuntarios) tuvimos la primera tarea de taller (algo que nuestros nuevos compañeros ya habían abordado), que constaba de tres partes: dibujar una gota de agua, dibujar la roca oceánica y dibujar una vista panorámica de Valparaíso. La

importancia de este encargo bajo mi punto de vista estaba en que recoger estas tres perspectivas (lo cercano, lo medio y lo distante) era una experiencia transferible a la vida en general, en cómo se deben mirar los acontecimientos que nos ocurren.

Ese año, de manera muy excepcional, el taller lo hizo Alberto para toda la Escuela. No creo que este privilegio se haya vuelto a repetir nunca más.

Salir a la ciudad, encontrarse con ella en directo y no tener que estudiarla a través de libros o revistas como solía hacerse en otras escuelas, fue un descubrimiento muy importante. Nuestro campo de estudio era Valparaíso. Ahí vimos lo que era habitar la ciudad: observarla y vivirla. Dibujarla, conversar con su gente, aprender a decir algo a través de los croquis, fue un desafío maravilloso.

Ana Paz Yanes Moya